

Apuntes del Colegio “Estudio”

Una santanderina, Carmen García del Diestro, cofundadora

Notes of School "Estudio"

A Santanderina, Carmen Garcia del Diestro, cofounder

José Luis Rodríguez Villa

Resumen

El Colegio “Estudio” de Madrid, gracias a una serie de profesoras que habían trabajado en el Instituto-Escuela de la capital, salvaguardó y transmitió de alguna manera los valores educativos de la Institución Libre de Enseñanza.

Jimena Menéndez-Pidal, Ángeles Gasset y la santanderina Carmen García del Diestro ocuparían un lugar fundamental en la creación, y en funcionamiento en las primeras décadas, del Colegio “Estudio”.

Su modelo pedagógico estaba basado en el fomento de la curiosidad hacia el entorno natural por parte del niño y en el desarrollo de un sentido de la tolerancia y el respeto hacia los demás, así como en la creación de hábitos de trabajo apoyados en un sistema riguroso de estudio.

Palabras clave

Colegio “Estudio, Institución Libre de Enseñanza, Instituto-Escuela, Jimena Menéndez-Pidal, Ángeles Gasset, Carmen García del Diestro, Francisco Giner de los Ríos, Ateneos, Consejos, periódico “El Alción”.

Abstract

The School “Estudio” in Madrid, thanks to a number of teachers who had worked at the Instituto-Escuela of the capital, safeguarded and transmitted in some way the educational values of the Institución Libre de Enseñanza.

Jimena Menéndez-Pidal, Ángeles Gasset and Carmen García del Diestro, born in Santander, occupy a central place in creation, and operation during the first decades, the School “Estudio”.

His pedagogical model was based on the promotion of curiosity about the natural environment by the child and to develop a sense of tolerance and respect for others as well as creating work habits supported by a rigorous study.

Key words

School “Estudio, Institución Libre de Enseñanza, Instituto-Escuela, Jimena Menéndez-Pidal, Ángeles Gasset, Carmen García del Diestro, Francisco Giner de los Ríos, Ateneos, Consejos, newspaper “El Alción”.

INTRODUCCIÓN

Desde mi primera lectura del libro *Del Yo al Nosotros* de Fritz Künkel, discípulo de Freud, he considerado útil aproximarse al lector con un “nosotros”. Por tanto, nos corresponde abordar la aventura fundacional y posterior funcionamiento de una entidad educativa singular: el Colegio “Estudio” de Madrid. En mi exposición he tratado en lo posible de expresar las ideas en primera persona; de eludir, también en lo posible, una exposición arquetípica de corte científico. Soy de la opinión de que la mejor forma de conocer y describir una institución pedagógica es haber vivido en ella una etapa como alumno. Los principios educativos de las Humanidades en el Colegio “Estudio” han perseguido el ideal de que el profesor sea “el transmisor de unos conocimientos propios... como un artista que transmite su personalidad”. “Nuestra pedagogía -indican los escritos fundacionales- no acepta que el maestro sea el que transmite hechos y un informe sin vida”. En esta línea de actuación, les voy a exponer mis vivencias personales en “Estudio”, cómo discurría la vida del alumno en este centro de enseñanza, en el periodo 1951-1964.

Preparando este artículo surgió en mí la sorpresa de saber que una de mis profesoras favoritas, Carmen García del Diestro, cofundadora de ese colegio, era natural de Santander. Procuraré, en las líneas que siguen, referirme a ella con todo mi esmero.

PROLEGÓMENOS

El madrileño Colegio “Estudio” constituye en la historia de la pedagogía española un hito singular. Este centro de enseñanza salvaguardó y transmitió los valores educativos de la Institución Libre de Enseñanza. Sus fundadoras habían pertenecido como alumnas, y posteriormente como profesoras, al Instituto-Escuela, centro educativo creado en 1918 por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Las iniciativas de este organismo, desde su puesta en marcha en 1907, dieron lugar, entre otras creaciones suyas, además de al Instituto-Escuela, a la Residencia de Estudiantes, al Centro de Estudios Históricos o al Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales (los tres en 1910). Recordar que en este último se integró la Estación Biológica de Santander. Todos ellos podemos considerarlos directamente inspirados en la citada Institución Libre de Enseñanza, que había sido fundada en 1876.

El influjo pedagógico y científico de estos centros impregnó el panorama cultural de la España de la época.

FUNDACIÓN DEL COLEGIO ESTUDIO

En aquel mundo que bullía de pedagogía, coincidieron en el Instituto-Escuela tres entusiastas profesoras:

Jimena Menéndez-Pidal (1901-1990), hija de Ramón Menéndez Pidal, filólogo, historiador, director de la Real Academia de la Lengua, y de María Goyri, directora de Estudios de Lengua y Literatura española en la Sección de Preparatoria del Instituto-Escuela. Jimena se formó en la escuela Froebel y en la Institución Libre de Enseñanza, siendo alumna de sus impulsores, Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío. Trabajó activamente junto a su padre en el Archivo del Romancero, realizando un trabajo de investigación en torno al *Romance del Conde*

Niño. Fue profesora de Juegos y en 1933 nombrada directora de la Sección de Párvulos del Instituto-Escuela.

Ángeles Gasset de las Morenas (1907-2003) se educó en una familia de periodistas y políticos liberales comprometida con la labor de regeneración cultural del país. Eduardo Gasset y Artime, su abuelo, fue fundador de “El Imparcial” y formó parte de la primera Junta Directiva de la Institución Libre de Enseñanza. Ángeles Gasset cursó el bachillerato en el Instituto-Escuela (entre 1918 y 1925) y fue profesora de párvulos en este centro (de 1927 a 1936). Allí mantuvo estrecha relación con María de Maeztu, directora de la Sección Preparatoria del Instituto-Escuela y directora, asimismo, de la Residencia de Señoritas, grupo femenino de la Residencia de Estudiantes. Pasó parte de la Guerra Civil en París, en la casa de su primo José Ortega y Gasset.



Carmen García del Diestro, a la izquierda, de niña, junto a sus padres y hermanos. Archivo Histórico Fundación Estudio (AHFE)

Carmen García del Diestro Nardiz (1908-2001) que, como reza uno de los textos del Boletín nº 15 de la Fundación “Estudio” dedicado, como homenaje por el centenario de su nacimiento, a ellaⁱ, “nació Kuki” -como se la conocía en el ámbito de las aulas- “en Santander, en el burgués barrio del Muelle -hoy paseo de Pereda- en 1908, en el seno de una familia acomodada perteneciente a esa burguesía ilustrada que surgía en España en los inicios del siglo XX, conocedora de la realidad europea y con la esperanza de modernizar un país atrasado en todos sus frentes, educativos, culturales, técnicos y políticos”. Su padre, que era un médico de reconocido prestigio en su especialidad de pediatría, llegó a ser en Madrid director de la Escuela Nacional de Puericultura. Su abuelo también fue médico, en este caso oculista. Ambos se formaron en Francia, “creando en sus familias un ambiente culto, refinado y sobre todo librepensador”ⁱⁱ. En este clima de responsabilidad y buena actitud se forjó la personalidad de nuestra querida profesora. Kuki estudió el bachillerato en el Colegio “San Francisco Javier” de Madrid, dirigido por mademoiselle Revert, por fortuna un colegio pluralista y respetuoso con la libertad religiosa de sus alumnas. Tras sus estudios de Magisterio, con veintidós años ingresó como maestra en el Instituto-Escuela, en la Sección de Letras de Primaria. Como sus antepasados, viajó y completó su formación como pensionada en Alemania, lugar muy avanzado en la formación académica de los años de entreguerras (1918-1935). Asistió como ayudante a las clases de español del Gymnasium de Greifswald (Po-

de la Escuela Nacional de Puericultura. Su abuelo también fue médico, en este caso oculista. Ambos se formaron en Francia, “creando en sus familias un ambiente culto, refinado y sobre todo librepensador”ⁱⁱ. En este clima de responsabilidad y buena actitud se forjó la personalidad de nuestra querida profesora. Kuki estudió el bachillerato en el Colegio “San Francisco Javier” de Madrid, dirigido por mademoiselle Revert, por fortuna un colegio pluralista y respetuoso con la libertad religiosa de sus alumnas. Tras sus estudios de Magisterio, con veintidós años ingresó como maestra en el Instituto-Escuela, en la Sección de Letras de Primaria. Como sus antepasados, viajó y completó su formación como pensionada en Alemania, lugar muy avanzado en la formación académica de los años de entreguerras (1918-1935). Asistió como ayudante a las clases de español del Gymnasium de Greifswald (Po-



Carmen García del Diestro con una blusa en la que aparece bordado el nombre por el que todo el mundo la conocía: Kuki. (AHFE)

merania); posteriormente, casada con Luis Lorente de No, médico especialista en digestivo e investigador, acompañó a su marido durante su estancia en Berlín. Allí asistió como oyente a la Pestalozzi-Froebel Hans I Schule, donde adquirió conocimientos pedagógicos para la primera infancia. Durante la Guerra Civil, que pasó en Madrid, el Ministerio de Instrucción pública le encargó la dirección del Colegio Público “Lina Odena”. Tras la contienda, le correspondió afrontar el destino común para los que defendieron la legalidad republicana: el exilio interior.

El gobierno de Burgos había decretado el 19 de mayo de 1938 la disolución del Instituto-Escuela. Acabada la Guerra Civil, el gobierno de Franco promulgó la ley por la que se creaba el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, transfiriendo a él todos los centros dependientes de la disuelta Junta para Ampliación de Estudios. En este ámbito de incertidumbre y circunspección surge “Estudio”. En el verano de 1939, Jimena Menéndez-Pidal se reúne con Ángeles Gasset, Carmen García del Diestro y dos compañeras más, Esperanza Salas y Fernanda Troyano. Imbuídas del experimento del Instituto-Escuela quieren forjar un centro educativo donde se inserte la coeducación y se mantenga la neutralidad filosófica, política y religiosa que había preconizado la Institución Libre de Enseñanza. Como señalase Carmen García del Diestro en la clase inaugural de los Seminarios de COU (14 de octubre de 1986), “La terrible desgarradura que supuso la Guerra Civil... trajo como consecuencia el nacimiento de ‘Estudio’, con el propósito de acomodar a las nuevas circunstancias la posibilidad de mantener vivos los ideales pedagógicos, la esencia de lo que había sido nuestra tradición, que debía perdurar contra viento y marea.” Resulta muy llamativa esta voluntad: contra viento y marea.

El Colegio “Estudio” nació el 29 de enero de 1940. Su primer asentamiento fue un chalecito en el número 29 de la madrileña calle de Oquendo. En “Oquendo”, como se lo conocía habitual-



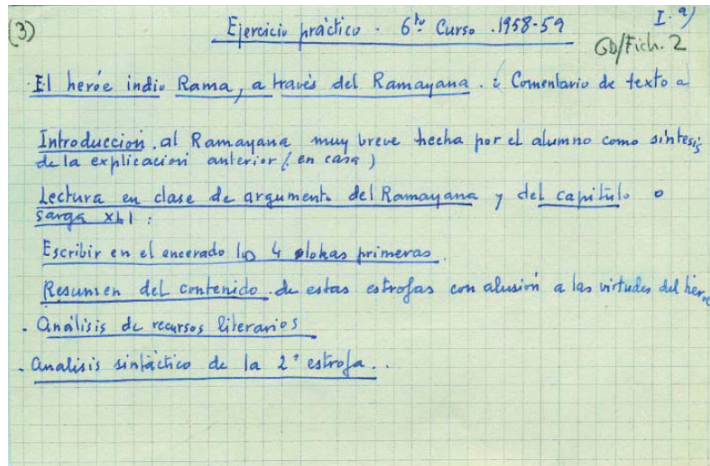
El edificio del Colegio Estudio de la calle Miguel Ángel. (AHFE)

mente, estuvo albergada la sección de párvulos (jardín de infancia, preescolar). A una de las primeras promociones perteneció Carmina Arenillas, hermana de Nines, Angelines, que se había formado en el Instituto-Escuela y que, con el tiempo, sería esposa de Víctor de la Serna, inspector de Educación, periodista y diplomático, hijo de Concha Espina.

Los estudios de bachillerato se realizaban en algunas plantas y espacios cedidos por el Instituto Internacional, situado en el número 8 de la calle Miguel Ángel. La relación con esta institución educativa americana -International Institute for girls in Spain es su nombre completo-, y que pertenecía al Middlebury College de Boston, permitió establecer lazos de colaboración con otra “isla” pedagógica que actuaba al margen de la educación oficial del Régimen.

SU MODELO PEDAGÓGICO

El fin último de la pedagogía de "Estudio" es la formación integral del alumno, entendida como la concibió Francisco Giner de los Ríos. Una educación fundamentada en la libertad de conciencia y en el conocimiento científico riguroso. Una educación activa, en la que el alumno construye su propio conocimiento guiado por el profesor, e integral, pues concierne a todos los aspectos de su personalidad: educación física, intelectual, moral, social y estética.



Ficha manuscrita de Carmen García del Diestro, curso 58-59.

En su “modelo pedagógico”, el aprendizaje rebasa los límites del aula: pretende despertar la curiosidad por el entorno natural, que el niño vaya madurando a través de un conocimiento responsable de la Naturaleza y un sentido de la tolerancia y el respeto hacia los demás, así como crear en él un hábito de trabajo y un sistema riguroso de estudio. Se concede gran importancia al lenguaje como un tesoro del que parten todas las experiencias y, por lo tanto, una base sobre la que trabajar incansablemente y sobre la cual ir engarzando el resto de conocimientos, incluidas las demás lenguas. Generalmente los libros de texto se utilizan solo como consulta; adquieren particular importancia las clases de Música y Trabajo Manual que se desarrollan prácticamente a todo lo largo de la etapa escolar. Las clases de teatro forman parte, asimismo, de la enseñanza, en párvulos a través de títeres -los “Curritos”-, que son considerados, además de entretenimiento, un valioso instrumento pedagógico. La educación física viene orientada e influida por los fundamentos ideológicos educativos desarrollados en la Institución Libre de Enseñanza, que incluían la misma como parte importante de la educación general y escolar. Fundamental en la formación del alumno se considera el aprendizaje fuera del aula y especialmente las excursiones y visitas, que tienen siempre un propósito escolar. En el Colegio “Estudio” se ha trabajado siempre sin libros de texto y con un estímulo muy importante hacia el uso de los recursos bibliográficos desde edades muy tempranas, de ahí su larga tradición en la implantación de la Biblioteca, que desde sus inicios ha formado parte del horario de los alumnos.ⁱⁱⁱ

MIS VIVENCIAS PERSONALES

El colegio de Oquendo albergaba a los alumnos de los 4 a los 8 años de edad. Contaba con un hermoso jardín; por las mañanas, antes de entrar en clase, la srta. Ángeles (Ángeles Gasset) tocaba la campana y acudíamos a la puerta del hotelito para, bajo su dirección, realizar unos ejercicios respiratorios inspirando y espirando al tiempo que nos poníamos de puntillas con los brazos en cruz. Para que no se nos perdieran los guantes o las manoplas, los llevábamos prendidos con una cinta de las bocamangas de los abrigos; las zapatillas de la clase de Música llevaban nuestro nombre en la trabilla. La clase de Trabajo Manual se daba en una casita separada del edificio principal: se usaba mucho el papel charol para hacer recortables y pegarlos con pasta *Pelikan*,

también empleábamos mucho la plastilina. En la clase de Música, entonados por el piano, cantábamos canciones: “hay pin pin salarelo, ¿hay lerelo-o, hay lerelo-o?, hay pin pin salarelo, hay lerelo-o”; también: “la casita chiquitita, a-sí, a-sí -bajábamos la mano-, sale el humo blanco de la cocinita, a-sí, a-sí, -subíamos el brazo en circunvoluciones-”. Bailábamos. Con siete años tuvimos que aprender solfeo, anotando las corcheas y las semicorcheas en el cuaderno de música que llevaba el lápiz prendido con un cordel de la espiral. Todo estaba muy pensado y coordinado. Cuando alguno de nosotros, de la risa, se hacía pis o se hacía caca, acudía andando a piernas abiertas a la cocina donde Benita, la cocinera, nos limpiaba y aseaba. Cuando uno se portaba mal, el castigo consistía en permanecer solo en el aula, mientras los compañeros estaban en el recreo, en “silencio absoluto,” como decía la directora. Los juegos, tanto en clase como en el jardín, atendían a la siguiente premisa: “el juego tiene que ser una actividad organizada y por ello todos los juegos son colectivos”. Jugábamos a policías y ladrones, al pañuelo, a saltar a la comba y a hacer carreras de relevos. En un lateral del jardín había un foso que permitía hacer saltos de longitud. También existía un pequeño huerto donde las profesoras nos enseñaban a regar. Cuando la primavera florecía, jugábamos a comer flores blancas de la acacia que llamábamos “pan y quesillo”. En clase era tradicional poner en la ventana el tarro con la semilla de judía envuelta en algodón humedecido, para verla germinar. En su clase, Ángeles, la profesora admirable, nos iba contando los episodios del cuento “El maravilloso viaje de Nils Holgersson”, de la escritora noruega Selma Lagerlöf, la primera mujer en obtener un premio Nobel de Literatura.

Los sábados, de doce y media a una, Ángeles Gasset “nos hacía” los “curritos”, personajes de trapo que evolucionaban en un teatrillo. Si hacía buen tiempo, se escenificaban en el jardín -los alumnos lo contemplábamos sentados en el suelo-; si llovía o hacía mal tiempo, la representación tenía lugar en la sala de Música. Ángeles había puesto en escena obras de teatro en el Instituto-Escuela. El nombre de “curritos” lo adoptó tras hacer una encuesta popular en el madrileño barrio de Lavapiés buscando un nombre español que sustituyera al francés *guignol*. Todo lo relacionado con la vida del niño como, por ejemplo, que no le gusten las lentejas, el miedo a la oscuridad, a tomar medicinas... hasta el “amor de la princesa”, formaba parte de las historias que se desarrollaban en los “curritos”.

Entre sus personajes, destacaban: Pelos, un joven decidido que resolvía los problemas a base de una especie de bastoncillo, su cachiporra; la princesa, la compañera delicada; el rey -Papuchi para la princesa-, ser justo y bondadoso... que se ponía furibundo cuando las cosas no salían bien; Panchita, la amiga de Pelos, distraída y traviesa, que solía meterse en líos para que los resolviera su amigo; el caballero de pluma y sombrero, elegante, cínico y creído... El dragón y la bruja, de los cuentos de siempre, no podían faltar. De menor



Mi cuaderno del curso 1951-52

protagonismo, aparecían, de vez en cuando, el churrupito, con su cara escurrida de madera -el único que no la tenía de trapo- y su sombrero tipo cordobés, tan señorito; el doctor Sanalotodo y el chinito Chin Chan Chon.

Al cumplir los nueve años, pasábamos a Miguel Ángel. La clase IX se llamaba Ingreso. Luego “venían” las clases de Bachillerato Elemental, donde estaban separados los chicos de las chicas, salvo en la clase de Música y en alguna otra actividad. El Bachillerato Superior, Quinto y Sexto, y el Preuniversitario los cursábamos nuevamente juntos. Las clases nunca superaban los treinta alumnos. En Miguel Ángel, “no todo” eran profesoras, también había profesores; a las profesoras las llamábamos “señorita” y a los profesores “señor”.

Desde la clase IV (párvulos) hasta el curso Preuniversitario las tareas y exámenes los realizábamos en hojas ralladas que llevaban en su lateral dos taladros. Al término del curso escolar, confeccionábamos el cuaderno de fin de curso, ordenando las hojas por materias y cosiéndonlas con un cordoncillo de lana que atábamos a las tapas. En la portada teníamos oportunidad de confeccionar, con nuestra inventiva particular, una ilustración. El cuaderno se hacía en casa y se llevaba a la profesora tutora -cada clase tenía un profesor tutor- para recibir el visto bueno. Al final del curso se nos encomendaban tareas de vacaciones. En mi cuaderno de la clase 12, para Francés hube de realizar redacciones: una casa (“Une maison de Londres”) -debía haber escrito en lugar de “de”, “a”; un lugar -escribí sobre “La place de la Concorde”-; una persona: redacté sobre “Un “policeman” de Londres”. En Lengua: Análisis de oraciones -un ejemplo: “de tal manera se fatigó que vino a perder la salud”. Escribí: “oración compuesta transitiva, subordinada adverbial consecutiva”-. Etc., etc, etc.

Como era preceptivo, según los ideales fundacionales, en muchas asignaturas tomábamos apuntes y los pasábamos a limpio en unas fichas de papel cuadriculado que llevábamos ordenadas en unas carpetas de cartón. Las fichas, así como los mapas -bocetos a multicopista-, los adquiríamos en la ventanilla de Administración. Allí pagábamos la cuota mensual con el dinero que nos daban en casa. Aprendíamos así el manejo del dinero. En esta ventanilla entregábamos, asimismo, la carpeta de notas que nos daban en clase el último día de cada mes y que teníamos que llevar a nuestros padres para que las firmaran.

Algunas asignaturas -Física, Religión, Francés, Latín- se estudiaban directamente con el libro de texto. Un dato curioso es que la Srta. Ángeles, la fundadora, nos dio en algunos cursos la clase de Religión, contándonos espléndidamente el Antiguo Testamento. Tenía una forma de expresarse, de entonar las palabras que captaba el interés.

En “Estudio” no había bedeles. De tanto en tanto, a un par de alumnos -un chico y una chica- les “tocaba” ser “hafiz”. Hafiz es una palabra que figura en el diccionario de la RAE, es de origen árabe y significa “guarda”, “conservador”. Y, efectivamente, “cuando hacíamos de hafices” ese día no asistíamos a clase y teníamos luego que pedir los apuntes y enterarnos de qué “habían dado en clase”. Los hafices llevaban un brazalete con la inscripción “hafiz”. Cuando faltaban unos minutos para concluir las clases, el hafiz iba de clase en clase pregonando “Señor, la hora”; poco después, en la mesita donde hacíamos el trabajo tocábamos la campanilla. Había un cuaderno donde se anotaban las incidencias; en temporada de invierno, había que bajar al cuarto de calderas y comprobar la temperatura para consignarla. Cuando subían y bajaban los alumnos por la escalera, el hafiz velaba para que lo hicieran en perfecto silencio.

Siguiendo sus principios educativos -Jimena Menéndez-Pidal dio clases de Gimnasia en el Instituto Escuela-, “Estudio” cuidaba especialmente los deportes y la Gimnasia. Los cursos de Bachillerato Elemental tenían dos clases diarias de Gimnasia, mañana y tarde; los de bachillerato superior, una diaria. Hablamos de “hora”, pero en realidad la duración de las clases en “Estudio” era de tres cuartos de hora.

Aparte de los ejercicios gimnásticos, desfilábamos, o nos colgábamos, o pasábamos la barra de equilibrio. Al fondo del gimnasio se encontraban las espalderas donde entre otros ejercicios nos colgábamos boca abajo para hacer el pino, o nos suspendíamos de los brazos y balanceábamos lateralmente las piernas, o, recogiendo estas, movíamos lateralmente la pelvis. Muy duro. Los esforzados profesores también nos hacían saltar el potro, el caballo y en el plinto. Ejecutábamos el salto del león, pasando por encima del aparato para caer en la colchoneta. Esta gimnasia, digamos espartana, se completó durante unos años con los ejercicios de *tumbling*, que se habían puesto de moda; incluían: el pino, el pino puente, la rondada, el salto mortal hacia atrás, el salto mortal hacia delante; bien es verdad que algunos de estos ejercicios los realizaba solo una élite de alumnos. El jardín de que se disponía era pequeño, pero contaba con dos canastas de baloncesto y dos porterías para balonmano. El fútbol estaba prohibido.

Al finalizar el curso, los días 22 y 23 de junio se celebraba en el jardín la correspondiente fiesta de fin de curso, en la cual las chicas solían hacer bailes y demostraciones de gimnasia rítmica, en tanto los chicos ejecutaban sus habilidades: saltos, el citado *tumbling*, tablas de gimnasia...

En primavera se hacían las excursiones. Los cursos más pequeños salían a pasar el día a Aranjuez, a El Escorial -a la Silla de Felipe II-, a La Boca del Asno -situada en los pinares de Valsaín- o a La Pedriza (Manzanares el Real), donde se disfrutaba del campo. Las clases de los mayores hacían un viaje cultural; por ejemplo: Béjar-Ciudad Rodrigo-La Alberca o Ávila- Salamanca-Ciudad Rodrigo-Madrid. Se explicaban monumentos y se disfrutaba de la naturaleza. Estas, por así decir, “misiones” estaban muy ligadas a directrices de la Institución Libre de Enseñanza.

En “Estudio”, una parte de los alumnos se quedaba a comer y otros alumnos iban a casa a la una y cuarto para regresar a las tres y media. Yo estuve varios años comiendo en el colegio. Se llevaba de casa la comida en tarteras; con esmalte, llevaban indicadas el nombre del alumno, el primer plato, el segundo y el postre. En la cocina lo calentaban. Si había plato frío, había que advertirlo. Había dos turnos para comer. Tres o cuatro alumnos se encargaban de servir. A través de un ventano que comunicaba con la cocina se solicitaban los platos para cada niño; de esta manera, había que saberse el apellido de los compañeros, no solo de la propia clase sino también del resto. Reinaba una estrecha convivencia y todos nos conocíamos. Del comedor me acuerdo de la educación que nos daban, de cómo colocar los cubiertos en la mesa y de cuando la Srta. Ángeles nos reprendía por tener las uñas sucias. Cuando veía a un alumno agachando mucho la cabeza hacia la cuchara, exclamaba: “¡Teulón, no tengas tendencia al pesebre!”.

Después de comer o cuando se aguardaba el turno se permanecía en la Biblioteca. Allí se podían hacer trabajos o leer; claro está, en “perfecto silencio”. Velaba por este requisito la Srta. Teresa, que mucho tiempo después supe que era la hermana de nuestra queridísima Kuki. Teresa daba ejemplo de cómo cuidar los libros, ordenarlos, forrarlos... y llevaba el control de los libros que se prestaban para llevar a casa.

Permanece en mi recuerdo cuando, después de comer, Ángeles Gasset escogía dos o tres alumnos y les enseñaba en el pasillo a ser monaguillos. La primera oración empezaba así: "At Deum, quaeletificat juventutem meam"; que quiere decir: "Con Dios, oh, Dios, acepta mi juventud."

Las clases por la tarde duraban hasta las seis menos cuarto, pero los lunes nos quedábamos hasta las seis y media para celebrar la reunión de clase. En 1954, Jimena Menéndez-Pidal, inspirada en el funcionamiento de las asociaciones de estudiantes en los centros escolares de EEUU, creó la Asociación de Alumnos, organización diseñada para enseñar a los escolares a vivir y comportarse en régimen democrático. Asistía a las reuniones de clase el profesor tutor, que apenas intervenía. Elegidos por votación a principios de curso, presidía la mesa un presidente, acompañado del vicepresidente, del secretario y del tesorero. El presidente abría la reunión y dirigía por turno las intervenciones: objeciones al acta que leía el secretario, ruegos y preguntas. Había una pequeña cuota que iba recaudando el tesorero. Con el dinero, se compraban flores, se hacía un regalo a un profesor o se utilizaba para las excursiones. A mitad de reunión llegaban los tutores -un chico y una chica, los vocales de tutelados-, pertenecientes a un curso superior. Con aire de superioridad contaban, por ejemplo, lo que pasaba en los Ateneos o en los Concejos, y aclaraban cuestiones a los tutelados: problemas en el jardín, enfrentamientos entre alumnos o en los equipos de deportes, etc. Estos tutores, con algún compañero más, iban con los tutelados a sus excursiones.

Los del Bachillerato Superior celebraban los Ateneos, actos culturales con alumnos de espectadores en que se presentaba una conferencia, una película, con su correspondiente análisis posterior a su proyección, una representación teatral... Asuntos y temas libremente elegidos en las reuniones de clase por los alumnos.

En los Concejos, otra actividad de la Asociación y que se celebraban cada mes y medio aproximadamente, se contemplaba la marcha de la Asociación a nivel de los cursos superiores Quinto, Sexto y Preuniversitario. Se formaba una Mesa de Presidencia, donde estaban sentados el presidente y el vicepresidente, y en los otros bancos las comisiones de las clases; en un cuarto banco se sentaban dos o tres profesores, que asistían a la reunión como unos alumnos más y pedían al presidente la palabra levantando la mano. El presidente solía ser un alumno muy serio. Lo que allí se trataba -excursiones, gastos, marcha de las clases- era lo de menos, lo importante era el decurso democrático: la solicitud de la palabra, ponerse de pie para hablar, no interrumpir al que estaba hablando, encontrar las palabras apropiadas para expresarse con claridad...



Carmen García del Diestro. (AHFE)

En "Estudio" los alumnos confeccionábamos un periódico: "El Alción". Se hacía a multicopista. Los profesores no participaban, a excepción de la srta. Kuki, que concedía el visto bueno antes de salir a la venta. Para el director y redactores era ardua la labor, porque llevaba mucho tiempo; había que buscar colaboradores, había que ir a comprar la tinta, la multicopista fallaba con facilidad...

Una faceta muy diferenciadora de "Estudio" la constituye el Auto de Navidad, representación navideña escrita por Jimena Menéndez-Pidal, que consistía en una compilación de textos clásicos de la mejor literatura castellana vinculada a la Navidad

y de villancicos extraídos de nuestros poetas y del ámbito popular. Cada año, por Navidad, un par de semanas antes del 21 de diciembre, se ensayaban sus bailes y declamaciones aprovechando huecos, a la hora de Gimnasia, después de comer, antes de entrar en clase, las chicas en su clase de baile. Se bailaba el pellico, los campanilleros, el baile de los oyeros... Entre representación y representación merendábamos. Los trajes -de los ángeles, de los Reyes Magos, de los danzantes...- estaban guardados en unos baúles, se sacaban y nos los probábamos. Los trajes rústicos habían sido conseguidos por Jimena Menéndez-Pidal en los pueblos de la provincia de Segovia. En Segovia capital fue, durante la Guerra Civil, donde se representó por primera vez esta singular obra teatral.

Nos encontramos en nuestra narración al borde de los últimos cursos de Bachillerato: Quinto, Sexto y "Preu". Durante estos cursos los sábados tuvimos clases de Arte en el Museo del Prado con una magnífica profesora: Elena Gómez Moreno; y en Literatura, ¡a la señorita Kuki!

Carmen García del Diestro, Kuki, era un encanto de persona. Su entrada en clase era espectacular, con el chaquetón sobre los hombros, el amplio bolso, donde no podía faltar la carpeta de fichas que servían de guión para dar la clase, y el enciclopédico tomo del libro *Historia de la Literatura Española*, de Valbuena. Jamás aburría en clase. Era una mujer vital, coqueta y simpática por naturaleza. Exquisita y cautivadora, siempre bien pintada y perfumada, con su collar de perlas con el que de tiempo en tiempo jugaba. Siempre eran interesantes sus lecciones; ¡cómo nos enseñaba a leer poesía, cómo declamaba a los clásicos! Nos contagiaba su aguda percepción,



Jimena Menéndez-Pidal (derecha) y Carmen García del Diestro (izquierda) durante una excursión a Cotos en 1946. (AHFE)

apetecía llegar a casa y ponerse a leer. Además, en las correcciones de los ejercicios era muy meticulosa y prolífica en consejos, valoraciones y comentarios. Nos dio a conocer la literatura como fuente de sabiduría. Por ello, cuando recientemente he tenido la oportunidad de presentar mi libro *Tesoros ocultos de Cantabria*^{iv}, he conservado en el recuerdo aquella magnífica enseñanza.

Aparte de su labor en el aula, cuando nos corregía en el pasillo por mala conducta, en las reuniones de la Asociación, en las fiestas del colegio Carmen García del Diestro era una persona próxima al alumno; prefería dar consejo con crítica constructiva que invocar la queja o el castigo verbal. Era una persona asequible con la que se podía intercambiar opiniones e incluso elucubrar y hacernos sentirnos mayores. Cabe pensar que el ideal subyacente a su labor educadora fue formar gente honrada.

Al entrar en clase, después de dejar el bolso y sus enseres en la mesa del profesor, estando todos los alumnos de pie, orientada hacia la imagen de Jesús que había sobre la pizarra, bajaba la cabe-

za e iniciaba, a media voz, esta petición: “Señor, te pedimos que prepares con tu favor nuestras acciones y, con tu ayuda, las hagas llegar a fin, para que así todas nuestras oraciones y obras tengan principio siempre en ti y por ti sean siempre acabadas.”

EPÍLOGO

He procurado siempre no mantener la memoria de “Estudio” en demasía. Ya pasó. Desde la perspectiva actual, puedo reconocer que me enseñaron a ser buen compañero, a hacerme responsable de muchas cosas, a manejar el dinero... Si yo tuviera que hacer una crítica constructiva sobre mis años de aprendizaje en “Estudio” tendría que señalar: escaso tiempo dedicado al aprendizaje del Inglés, exceso de tiempo dedicado a resumir, excesiva revisión de las mismas materias, particularmente en el campo de las humanidades: se explayaron tiempos dedicados a la literatura española, particularmente medieval (el *Cantar de Mio Cid*, el Conde Lucanor, las jarchas mozárabes, el Arcipreste de Hita, el *Guzmán de Alfarache*, leídos y releídos). En Historia del Arte: después de los egipcios, los etruscos, los cretenses, los griegos, los romanos, apenas se alcanzaba el Renacimiento, en detrimento de las asignaturas de Ciencias; aun cuando había prácticas de laboratorio de Física, Química y Ciencias Naturales, eché en falta el estudio de la Historia de la Ciencia, seminarios que ayudasen a la comprensión de las Matemáticas.

En el año 1968, el Colegio “Estudio” dispuso de un edificio propio situado en Valdemarín (Aravaca), en las afueras de Madrid. Incorporó más alumnos, introdujo nuevos profesores, preferentemente exalumnos.

Como ocurre en todos los ámbitos de la vida, la personalidad de aquellas profesoras fundadoras, y de su cortejo de buenas colaboradoras, es algo irrepetible, son casualidades que brotan en la vida de vez en cuando.

Por último, queda en mí la impresión de que a nivel de la sociedad española los alumnos de “Estudio” no han tenido una relevancia particular. Se trata de un sentimiento emocional que no puedo evitar, de una conjetura.

NOTAS

ⁱ Boletín de actividades nº 15 de la Fundación “Estudio”, febrero de 2009 (disponible en línea: http://www.fundacion-estudio.es/c/document_library/get_file?uuid=6761cf30-affa-4905-b54c-c04327031453&groupId=10136).

ⁱⁱ Ibid.

ⁱⁱⁱ Cfr. www.fundación-estudio.es

^{iv} Rodríguez Villa, José Luis, *Tesoros ocultos de Cantabria*. Santander, Ediciones Tantín, 2012.